

ABRA • ABRA • ABRA • ABRA • ABRA • ABRA

NOTA NECROLOGICA

GERMAN TJARKS (1919-1997): EL FUNDADOR DE LA REVISTA DE HISTORIA



Rodrigo Quesada Monge

que con la creación de muchas universidades estatales se resolvían los problemas de la calidad de la educación costarricense, y así nació la Universidad Nacional. Pero cuando esto sucedió, la institución recibía intelectuales emigrados chilenos, brasileños, argentinos, salvadoreños y otros más. Ellos fueron responsables de un renacimiento cultural y político que todavía espera ser debidamente estudiado en Costa Rica. Pero junto a los que encontraron en la Universidad Nacional un refugio intelectual, había también otros que llegaron a ella invitados por su prestigio intelectual más que por cualquier otra cosa.

Ese es el caso de Germán Tjarks, a quien posiblemente no se le ha hecho justicia en la Escuela de Historia de la Universidad Nacional, y en la comunidad académica costarricense. La biblioteca de la Escuela de Historia, o alguna de las aulas de la Maestría de Historia Agraria de esa institución debería llevar su nombre. Es lo menos que se puede hacer por los muchos ilustres. Poco lo conocieron, pero lo que el viejo Tjarks sabía no son muchos los que han tenido tiempo para lograrlo, y menos para compartirlo como él lo hacía. Él era un desconocido de los que realmente conocía. Veamos por qué decimos esto.

Germán Tjarks, el profesor de historia

Con una producción intelectual importante, este alemán-judío-argentino, llegó a Costa Rica en 1975 y se quedó con nosotros un

Varias obras de Germán Tjarks se encuentran publicadas en

los volúmenes de la Revista de Historia.

Cuando el presidente José Figueres Ferrer llamó al Padre Benjamín Núñez para que le abra un nuevo proyecto universitario, la situación internacional era escabrosa. Las reflexiones de los intelectuales costarricenses reflexionaban y proponían ideas que, en gran medida, se centraban en los ejes del análisis político-social de la época. Era el momento del cierre de la guerra de Vietnam (1975), del golpe de Estado contra Salvador Allende en Chile (1973), de la visita de Nixon a Pekín (1972), de las guerras de liberación nacional en América Central (Nicaragua 1979), de los juicios en la consolidación de la Revolución Cubana. Era la época en que la juventud radical de todo el mundo soñaba con un ideario revolucionario comparable en todos sus aspectos. Era la década de Che Guevara.

Con un entusiasmo por todas las alternativas al orden establecido podían sonar revolucionarios. Si en empuje, había que tener cuidado por que la Escuela de Historia de la Universidad Nacional viene el mundo como la posibilidad de algunos intelectuales de la Universidad de Costa Rica encontrar para sus frustraciones políticas, las mismas, vez provocadas por el ambiente de la época, de aquella Universidad, después de la Reforma Universitaria de 1957, y de las

Desconocidos que conocen

Germán Otto Emilio Tjarks de Boer fue un brillante historiador argentino que convivió con nosotros entre 1975 y mediados de los años ochenta. Eran momentos problemáticos porque, la recién fundada Universidad Nacional (1973), quería convertirse en una alternativa académica distinta a la que había representado por décadas la Universidad de Costa Rica (1940).

Cuando el presidente José Figueres Ferrer llama al Padre Benjamín Núñez para que le abra paso al nuevo proyecto universitario, la situación nacional e internacional eran escenarios claves para que los intelectuales costarricenses reflexionaran y produjeran ideas que, en gran medida inspiraron los ejes del análisis político-social que se haría durante los ochenta y aún se hace en los noventa. Era el momento del cierre de la guerra de Vietnam (1975), del golpe de Estado contra Salvador Allende en Chile (1973), de la visita de Nixon a Pekín (1971), de las guerras de liberación nacional en América Central (Nicaragua: 1979), de los triunfos en la consolidación de la Revolución Cubana. Era la época en que la juventud radical de todo el mundo soñaba con un ideario revolucionario imparables en todos sus aspectos. Era la década del Che Guevara.

Con un entramado así, todas las alternativas al orden establecido podían sonar revolucionarias. Sin embargo, habría que tener cuidado porque la Escuela de Historia de la Universidad Nacional, viene al mundo como la posibilidad que algunos historiadores de la Universidad de Costa Rica encontraron para sus frustraciones políticas. Las mismas, tal vez provocadas por el ambiente un poco radicalizado de aquella Universidad, después de la Reforma Universitaria de 1957, y de las batallas callejeras del movimiento estudiantil de

1970, tenían que ser conjuradas fundando al menos una salida académica, aunque sólo fuera institucionalmente distinta.

El Estado Benefactor y sus cultores creían que con la creación de muchas universidades estatales se resolverían los problemas de la baja calidad de la educación costarricense, y así nació la Universidad Nacional. Pero cuando esto estaba sucediendo, la institución recibía intelectuales emigrados chilenos, brasileños, argentinos, salvadoreños y otros más. Ellos fueron responsables de un renacimiento cultural y político que todavía espera ser debidamente estudiado en Costa Rica. Pero junto a los que encontraron en la Universidad Nacional un refugio intelectual, había también otros que llegaron a ella invitados por su prestigio intelectual más que por cualquier otra cosa.

Ese es el caso de Germán Tjarks, a quien posiblemente no se le ha hecho justicia en la Escuela de Historia de la Universidad Nacional, y en la comunidad académica costarricense. La biblioteca de la Escuela de Historia, o alguna de las aulas de la Maestría de Historia Agraria de esa institución debería llevar su nombre. Es lo menos que se puede hacer por los muertos ilustres. Pocos lo conocieron, pero lo que el viejo Tjarks sabía no son muchos los que han tenido tiempo para lograrlo, y menos para compartirlo como él lo hacía. El era un desconocido de los que realmente conocía. Veamos por qué decimos esto.

Germán Tjarks, el profesor de historia

Con una producción intelectual importante¹, este alemán-judío-argentino, llegó a Costa Rica en 1975 y se quedó con nosotros un

1. Varias obras de Germán Tjarks se encuentran publicadas en Argentina y los Estados Unidos. También valiosos artículos suyos los publicó la **Revista de Historia**.

rato. Aquí se casó con una guanacasteca, que lo cuidó y atendió bellamente durante sus últimos años. Pero Tjarks trajo consigo un equipaje de ideas, métodos, teorías, argumentos y técnicas historiográficas que tuvieron un impacto decisivo en algunos de los que fuimos sus alumnos. Tjarks llegó en el momento en que otros como él estaban haciendo crecer al historiador y al cientista social costarricense. Ciro Cardoso, Héctor Pérez Brignoli, Carolyn Hall, Hugo Assmann, Alf Ammon, Roy Ryder, y otros más, habían llegado a Costa Rica para quedarse y contribuir notablemente con el desarrollo de la investigación sociohistórica de este país. Tanto así que casi puede hablarse de un redescubrimiento historiográfico de Costa Rica. Algunos de ellos han vuelto a sus países, pero la herencia será imborrable.

Tjarks había sido formado básicamente en los Estados Unidos, donde trabajó por años en la Universidad de Nuevo México. Con ello queremos decir, que su formación académica era esencialmente anglosajona, es decir, rigurosa y formalista a más no poder. Sus clases de historia latinoamericana tenían ese toque magistral del que es dueño de un inmenso saber y al mismo tiempo tiene el talento para comunicarlo. Aunque frecuentemente discutía con sus alumnos por razones de enfoque. Porque también tenía esa rara virtud en los hombres de ciencia, era muy apasionado.

Lector furibundo, se mantenía informado de lo que acontecía en el planeta y en su disciplina, pero también tuvo tiempo para casarse varias veces y tener muchos hijos. Hablaba tres o cuatro idiomas y siempre estaba atento a lo que sucedía en otros quehaceres de la investigación social. Estamos hablando pues, de un profesor de Historia muy humano, de un hombre que sabía abrir las puertas de su casa al estudiante que se lo pidiera, de un colega respetuoso y de un hombre de elegancia intelectual extraordinaria.

En aquella época, recién llegado a Costa



Rica, me lo asignaron como director de tesis de grado (la Licenciatura), y nos pusimos a trabajar en los estereotipos ideológicos del Partido Liberación Nacional. El viejo Tjarks me hizo sufrir, pero bien valió la pena porque, a manera de recompensa, él también me puso en contacto con el ilustre historiador británico John Lynch y la Fundación Ford, para que realizara mis estudios doctorales en Gran Bretaña, donde pasé varios años. Mi experiencia académica al lado de Tjarks fue muy valiosa porque, con frecuencia lo vi pelear por sus ideas y sus proyectos con una ferocidad que casi nunca he visto entre mis compatriotas. Su pasión por lo académico era proporcional a sus convicciones políticas. Jamás creyó en las posibilidades del socialismo para América Latina, y cuando dirigió mis estudios de grado las broncas en que nos trezábamos a veces eran tan descomunales, que yo volvía a mi casa exhausto de discutir con el incansable Tjarks. Pero ahí estuvo su lección: en que no me doblegara en cuestiones de principio.

Y a pesar de que pensábamos y sentíamos tan distinto uno del otro, hoy, cuando veo algunos de los supuestos políticos e intelectuales de izquierda de aquellos años, que vociferaban y despotricaban contra el imperialismo norteamericano, y le sirven con tan ciega y sumisa obediencia en la corrupta y desvencijada democracia costarricense de nuestros días, uno no puede dejar de pensar en hombres como el viejo Tjarks: Porque, no por ser extranjero era diferente a los costarricenses con los que bien se puede comparar. Hoy, alguna historiografía frívola y de cabaret en Costa Rica, insiste en hacernos creer que historiadores como Rafael Obregón Loría, Carlos Meléndez o María de Lines son de otra estirpe. Que más bien parecen extranjeros. Tal vez como el viejo Tjarks. ¿Será posible que lleguemos a preferir algún día a los divos de la academia, más que a los hombres y mujeres serios y responsables con el quehacer intelectual en Costa Rica, sólo por el riesgo de no

ser llamados conservadores? Tjarks detestaba a los «snobs» y Costa Rica se llenó de ellos finalmente. Los salones de la academia costarricense, al final del día, se repletaron de petimetres que creían que hablar del color de los calzoncillos de Don Ricardo Jiménez era hacer historia patria. ¡Por el amor de Dios, dónde están los hombres como Germán Tjarks!

Germán Tjarks, el hombre

Por eso muchos lo terminaron odiando. Sobre todo los hombres solos, aquellos que encuentran motivo de confrontación hasta con su propia sombra. Pues resulta, ya lo dijimos, que Tjarks era un hombre atractivo, blanco, alto, de bellos y maliciosos ojos azules, de fuerte y corpulenta contextura. Uno lo veía y se imaginaba inmediatamente a un soldado norteamericano de los que tanto y tan bien combatió Sandino. Pero muchos lo odiaron porque quiso hacer cosas en este país, al que él llamaba «el país del no se puede». Quiso recoger colecciones documentales y cedérselas a la Escuela de Historia de la Universidad Nacional. Trajo su biblioteca personal de Argentina y Estados Unidos y nadie sabe hoy dónde está, o más precisamente, quién la tiene. Porque resulta que después de varios años, el viejo Tjarks heredó a sus padres en Argentina, lo llamaron y se olvidó de la biblioteca que tanto le había costado traer a Costa Rica. Lo mandamos de vuelta sin uno solo de sus libros.

La generosidad académica del hombre era realmente proverbial. Bien recuerdo ahora cuando, debido a que yo no sabía inglés, en 1977, mientras preparaba mi tesis de Licenciatura en Historia, el viejo Tjarks sacaba horas de su valioso tiempo para sentarse conmigo en un viejo lector de microfilmes que tenía la Universidad Nacional. La idea era traducir para mí algunos materiales que él también me había conseguido, movilizándolo algunas de sus amistades en la biblioteca Ann Arbor de la Universidad de Michigan.

Pero no se sentaba únicamente a traducir artículos de periódico o de revista, también discutía conmigo sobre el contenido de los mismos. De tal manera que la labor de traducción se tornaba en acalorada discusión sobre los documentos que había logrado conseguir para la preparación de mi tesis de Licenciatura. En el colmo de la generosidad,

muchas veces financió de su propio bolsillo la traída al país de aquellos documentos.

Regularmente Tjarks compartía conmigo sus inquietudes políticas más profundas. Recuerdo en más de una ocasión haberlo oído decir que este país era simplemente una «pila de mierda», porque él encontró demasiados obstáculos en su acercamiento a las cumbres ideológicas de algunos partidos políticos que le negaron el ingreso en sus filas, tal vez por su exceso de celo o por su virulento espíritu crítico. Pues Germán Tjarks no se le quedaba callado a nadie. Menos al «intelectualito» caribeño, quien muchas veces piensa en la soledad de su alcoba que el mundo le pertenece, sólo porque alcanzó a publicar un par de artículos en toda su vida. Con ese tipo de hombres Germán Tjarks siempre tuvo problemas.

Pero también desplegó enfrentamientos con otros que le dieron ciertamente la talla. Tal es el caso del brillante historiador costarricense Jacobo Schifter Sikora, hoy enteramente dedicado a una noble labor de información sobre el SIDA en el país.

Tjarks se supo rodear también de algunos discípulos nacionales y extranjeros muy valiosos. Este es el momento para mencionar a hombres como Edwin González Salas, Lowell Gudmundson o Jeffrey Casey Gaspar. Sin olvidar, por supuesto, algunas damas que se dedicaron por completo a la educación, después de obtener su Licenciatura, dirigidas por un Germán Tjarks muy machista y paternalista con ellas, pero también muy caballeroso y siempre dispuesto a escucharlas y ayudarlas en todo lo que pudiera.

Cuando le llegó el momento de tener que irse de la Universidad Nacional, se decidió por trabajar con la UACA (una institución de educación universitaria privada) que le brindó la oportunidad de no romper del todo con la enseñanza, algo que sabía hacer con mucha alcurnia. Un elemento que les faltó a algunos que hoy dicen «en paz descansen», cuando en realidad si pudieran bailarían sobre su tumba.

Recordar a Germán Tjarks el hombre, es recordar también su endiablado mal carácter, esa constante ansiedad que lo caracterizaba por querer hacer cosas distintas en un país que sólo obstáculos le ofrecía a su trayecto. Obstáculos que a veces identificaba con personas, a las que regularmente quiso quitarse de encima casi por la

fuerza. Tjarks era ese tipo de intelectual que creía tener razón en todo lo que emprendía. No importaba si lo seguían o no, lo que importaba era llegar hasta el final, sin reparar en las consecuencias. Con esa visión de la vida, alcanzó a realizar objetivos que quienes lo hemos sobrevivido le agradeceremos eternamente. Tal es el caso de la fundación de la **Revista de Historia**, cuyo primer número apareció en 1975, a sólo dos años de fundadas la Universidad Nacional y la Escuela de Historia. Él es el verdadero fundador de la mencionada revista, por más esfuerzos que hagan algunos por ocultar la verdad del hecho.

Hoy, la **Revista de Historia** es uno de los órganos de difusión del conocimiento historiográfico latinoamericano más importantes en el mundo. Y tal vez la mejor revista de su género en América Central y el Caribe.

Pero hay que darle al César lo que le pertenece, por más esfuerzos que hagan quienes en su momento estuvieron tan llenos de odio que hicieron todo por ocultar que, sin Germán Tjarks la **Revista de Historia** no existiría.

Germán Tjarks, el historiador

Aquí hablamos del investigador, del hombre de ciencia y de cultura. La primera vez que vi a Germán fue un lunes por la tarde (no recuerdo el mes) de 1975. De pie, con un brazo sobre un archivo metálico, el señor profesor invitado criticaba duramente la enorme pobreza de la biblioteca de la Universidad Nacional. Estaba claro, el hombre venía de haber tenido contacto con una de las bibliotecas más ricas de América, la de Ann Arbor en Michigan, y la comparación, aunque injusta, le resultaba válida para hacer sobresalir el medio académico de donde procedía.

Con una maestría (1948) y un doctorado (1958) en la Universidad de Buenos Aires, Argentina, en algún momento de su vida, por razones políticas, intelectuales y económicas, decidió irse a los Estados Unidos, donde trabajó al principio como taxista, como mesero y finalmente en secundaria. Hasta que, por los contactos de su primera esposa, la bibliotecaria de Ann Arbor, logró colocarse como profesor asistente en la Universidad de Nuevo México, donde estuvo varios años en el Departamento de Estudios Latinoamericanos. Fue

precisamente, el historiador costarricense Chester Zelaya Goodman (actual Secretario General del Instituto Panamericano de Geografía e Historia), quien lo invitó a venirse a Costa Rica, para fortalecer la recién fundada Escuela de Historia de la Universidad Nacional.

Germán era el historiador positivista por excelencia, y se envanecía de serlo. Sus trabajos más relevantes estaban dedicados al estudio del aparato administrativo del Virreinato del Río de la Plata, y por esa razón conoció en su momento al historiador británico John Lynch, pues éste, uno de los mejores especialistas en el mundo sobre la historia argentina, había escrito que Germán luego le tradujo al español.

La Guerra de la Triple Alianza, estudios sobre demografía histórica, el régimen político en Argentina a principios del siglo XIX, e investigaciones regionales sobre la población costarricense, y la publicación de varios documentos de enorme utilidad histórica (en colecciones de varios volúmenes) para Argentina particularmente, nos lo retratan como un investigador de extraordinaria disciplina y oficio. Germán era el tipo de historiador (siempre atento a las enseñanzas de Tucídides), de que todo lo que se afirma se debe probar en Historia. En varias ocasiones tuvimos fuertes discusiones precisamente por eso, porque yo, un feroz marxista de férrea disciplina stalinista me dejaba volar por las piruetas teóricas de los leninistas costarricenses, y hacía afirmaciones que a Germán le ponían los pelos de punta. A pesar de eso, Germán terminó por tolerar al difuso comunista que era yo en aquel entonces. Tolerancia de sabio indiscutiblemente. Los años terminaron por darle la razón.

Germán Tjarks, el amigo

Se nos ha muerto un gran amigo. Un hombre a quien, cierta vez me encontré en un autobús de San José, y llorando a lágrima viva me contaba que se sentía muy solo personal y académicamente. Yo tenía años de no verlo, y así, de primera entrada, se destapaba a llorar en público, sin escrúpulos de ninguna especie. Evidentemente, los años y la evolución de su vida en particular, lo habían ablandado al punto de que ya no se asustaba porque la gente pensara diferente.

Pero Germán al menos experimentó ese proceso. El viejo evolucionó, maduró, y dejó de ser el opresivo intelectual de derechas que fuera cuando toda su gigantesca vitalidad resultaba avasalladora para la aldea gazmoña que era Heredia a principios de 1970. El problema es que algunos de sus enemigos de entonces, siguen atorados en la pudibundez enfermiza de creer que sólo la soledad explica y justifica nuestras supersticiones. Germán saltó por encima de esa barrera de soledad

y se acercó al ser humano en el momento más oportuno. Durante sus cuarentas y cincuentas, cuando más poderoso se sentía, resultaba difícil hablarle de solidaridad. Durante sus sesentas y setentas el viejo entendió finalmente. Pero entendió, otros jamás lo hacen. Yo, por mi parte, espero que Dios me dé la oportunidad de seguir su ejemplo. Algunos hombres tienen la dicha de enseñarle a uno que hasta para morir hay que tener elegancia. Germán era de esos hombres.

La Guerra de la Triple Alianza, estudios sobre democracia histórica, el régimen político-Argentina a principios del siglo XIX, e investigaciones regionales sobre la población costanecense, y la publicación de varios documentos de enorme utilidad histórica (en colecciones de varios volúmenes) para Argentina particularmente, nos lo tratan como un investigador de extraordinaria disciplina y oficio. Germán era el tipo de historiador (siempre atento a las enseñanzas de Tucídides), de que todo lo que se afirma se debe probar en Historia. En varias ocasiones (vimos lecturas discusiones precisamente por eso, porque yo, un lector marxista de ferrea disciplina stalinista me dejaba volar por las pinetas teóricas de los leninistas costanecenses, y hacia afirmaciones que a Germán le ponían los pelos de punta. A pesar de eso, Germán terminó por tener al diablo con nosotros que era yo en aquel entonces. Tolerancia de saber indiscutiblemente. Los años terminaron por darle la razón.

Germán Tjarks, el amigo

Se nos ha muerto un gran amigo. Un hombre a quien, cierta vez me encontré en un auto-público de San José, y hablando a última viva me contaba que se sentía muy solo, personal y académicamente. Yo tenía años de no verlo, y así, de primera entrada, se destacaba a llorar en público, sin escrúpulos de ninguna especie. Evidentemente, los años y la evolución de su vida en particular, lo habían ablandado al punto de que ya

no se podía seguir hablando de la revolución de los estudiantes que habían algunos por la verdad del hecho. La Revista de Historia es uno de los estudios de difusión del conocimiento histórico latinoamericano más importantes en el mundo. La mejor revista de su género en América Central y el Caribe. Pero hay que darle a César lo que le pertenece, los más estudiosos que hagan quienes en su momento estuvieron tan llenos de odio que hicieron por ocultar que sin Germán Tjarks la Revista de Historia no existiría.

Germán Tjarks, el historiador

A los hermanos del investigador del hombre y de la cultura. La primera vez que yo vi a Germán fue un lunes por la tarde (no recuerdo el mes) de 1975. De pie, con un brazo apoyado en el escritorio, el señor profesor invitó a un estudiante a escribir la enorme pobreza de la biblioteca de la Universidad Nacional. Estaba claro que había venido de haber tenido contacto con las bibliotecas más ricas de América, la de Estandford, la de Michigan, y la comparación, aunque fuera a través de las visitas para hacer sobresalir el nivel de la biblioteca de donde procedía.

Yo era estudiante (1948) y un doctorado en la Universidad de Buenos Aires, Argentina, en un momento de su vida, por razones económicas y académicas, decidió irse a Estados Unidos, donde (trabaja el principio de la economía marxista y finalmente en secundaria) por los contactos de su primera esposa, la señora de Ann Ástor, logró colocarse en la Universidad de México, donde estuvo varios años en el momento de su primer matrimonio. Fue